

Versaciones de un chupaplumas

Le prometo



alborozado que esa misma noche, en cuanto llegue a casa y sin detenerme prácticamente en nada más que en ocuparme unos minutos de Indalecio — todo el día solo y aburrido, el pobre, entre unas cosas y otras y tan habituado como está a escuchar todo el rato la televisión o la cháchara incansable de mi tía que, como todas las viejas, tiene la costumbre de hablar sola — y echarle como siempre la cortina, me pondré manos a la obra de no volvernos nunca más a pelear dirimiendo no ya y sólo a cuál de los dos acompañará el fracaso del ganador y cuál sufrirá el éxito del perdedor sino, considerando que pudiese quedar mejor o más realista, a cuál de los perdedores acompañará el éxito y cuál de los ganadores sufrirá el fracaso sin haber contado, necio de mí, con que mis planes para una velada que prometiera ser tan apasionante se vieron frustrados por la irrupción de un elemento que resultó ser no tan extraño como resultó sí no ser doña Isidora con sus tacones verdes ni tan perturbador como el de la pistola de las cachas de nácar pero, esto sería de utilidad no obviarlo, sí lo bastante desestabilizador como para que pudiera no ya no habérseme ocurrido antes sino no estárseme ocurriendo después de tanto como hubiera de darse por sentado que habría prosperado yo con mis intentos no menos frustrados que mis planes, o viérase la papelera que, me dije, “esto debo comentárselo a Lola”, y “Lola, ¿por qué está la papelera tan hasta los topes?”.

Y se lo comenté, sí, tal cual; pero Lola, lejos, lejísimos de disculparse o dar una explicación satisfactoria me respondió con su habitual flema tan inglesa — y tan impropia, que Lola era de Burgos — que “es que hay días en que sin poder saber por qué no se dan bien las cosas” pero que si quería por eso que se abriera las venas en la bañera o qué, y que como Séneca (como Lola era tal culta), pero que se lo podía haber dicho “un par de rengloncitos antes” — levemente sarcástica — porque o que fuera a verlo si quería “en este cuarto de baño sólo hay plato de ducha” y que, desde que tras enviudar se cambió de piso, en la suya

Versaciones de un chupaplumas

Le prometo

tampoco tenía pero que, a cambio, encontraría en la nevera una purrusalda, una ternera a la jardinera, dos truchas escabechadas y media docena de muslitos de pollo “a la sidra, que ya verá qué ricos” que llevaban mucha salsa y quedarían bien con el arroz blanco “que ahora mismo me pongo y en un periquete se lo dejo listo” porque, dijo también, el día que las cosas se ponen de no querer salir más vale dejarlas.

Y, antes de marcharse, que si yo no sabía reparar el error intentaría ella “arreglar yo misma lo de la bañera”, que aunque el “plato de ducha salta a la vista que requiere más espacio puede que no se note” pero que, en lo sucesivo, recapacitara antes de hablar.